



reseñas





Durkheim and Women,
de Jennifer M. Lehman*

Reseñado por Gina Zabudovsky**

En su libro *Durkheim and Women*, Jennifer M. Lehmann desarrolla una lectura feminista del sociólogo francés a través de la cual demuestra que las mujeres están prácticamente ausentes en sus análisis y las pocas referencias sobre el tema parten de los puntos de vista reduccionistas de la biología y la reproducción social. En esta perspectiva, las mujeres no son concebidas desde una dimensión sociológica como seres humanos inteligentes y morales.¹ Los hombres son conceptuados como entes sociales, mientras que las mujeres se definen en razón de su existencia natural, en este sentido es que se puede llegar a afirmar que, en la teoría de Durkheim, las diferencias entre lo social y lo que no lo es se establece en función del sexo.

De los seis capítulos que constituyen el libro, los más interesantes y mejor desarrollados son los primeros tres. En ellos, la autora inicia exponiendo el contexto y los antecedentes históricos e intelectuales de Durkheim, destacando cómo, a pesar de la intensa participación que las mujeres habían tenido desde la Revolución Francesa, éstas no son tomadas en cuenta por él. Así, Lehman afirma que, lejos de estar constreñidas a su hogar, en la época de Durkheim las mujeres ya estaban dando la batalla para participar en las actividades políticas y económicas de la vida extradoméstica.

En consecuencia, y de una manera por demás interesante, Lehmann encuentra afinidades entre Durkheim y algunos pensadores que lo antecedieron como Rousseau, Comte y Proudhon, quienes —a pesar de los notorios contrastes en

* Jennifer M. Lehman, *Durkheim and Women*, University of Nebraska Press, 1994.

** Investigadora del Centro de Estudios Básicos en Teoría Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Lehman afirma al respecto que Durkheim describe el papel de las características de las mujeres en función de su naturaleza, en vez de describir esta naturaleza en función de las peculiaridades de las mujeres.

sus posiciones políticas—sostenían que las diferencias entre los hombres y mujeres estaban dadas únicamente por las estructuras diferenciadas de la naturaleza y que éstas determinaban que las mujeres tuvieran o no ciertas facultades, cualidades, inclinaciones, gustos y temperamentos.

Resulta sumamente irónico que tanto Comte, considerado el “padre de la sociología”, como Durkheim, “el padre de la sociología moderna como disciplina”, hayan reducido su análisis sobre las mujeres a un determinismo biológico y que, habiéndose caracterizado por un pensamiento liberal en relación con los hombres resulten tan conservadores en lo que respecta a las mujeres.

Lejos de poderlos justificar en razón del “pensamiento de la época”, Lehmann muestra cómo estas posturas contrastan con las de otros autores como Charles Fourier, quien enfatiza la manera en que la división social del trabajo se traduce en iniquidad hacia la mujer y Condorcet quien, habiendo escrito cien años antes que Durkheim, defiende la igualdad de derechos para el sexo femenino.

Entonces, la pregunta que debe hacerse no es hasta qué punto las ideas de Durkheim eran “productos de su tiempo” sino el por qué estaban tan comprometidas con el patriarcado. Lehmann señala que cuando Durkheim hace referencia a la posición feminista sólo es para rebatirla, como lo muestran sus críticas a los análisis de Marianne Weber sobre la importancia de la familia patriarcal y el papel de las mujeres.

La autora explica cómo el silencio en torno a las mujeres está presente incluso en su sociología de la familia. La inexistencia de las mujeres en la obra de Durkheim es en sí un tratamiento sobre ellas, ya que las hace invisibles. Sin embargo, Lehmann reconoce que esta omisión no es tan general y señala las observaciones sobre el tema que se encuentran en algunos estudios como *La división social del trabajo*, *El suicidio*, en un artículo sobre el divorcio, y en un trabajo publicado en *L'Année Sociologique* sobre “organización doméstica”. En la misma línea se puede sostener que, a pesar de estar ausentes en la mayoría de la obra de Durkheim, en ella es posible hallar una teoría sociológica sobre las mujeres que resulta bastante sistemática, coherente y consistente.

Así, en *La división social del trabajo*—cuya razón básica está en la solidaridad concebida como máximo bien social— el análisis de la sociedad conyugal constituye un ejemplo de la conexión entre la división del trabajo y la solidaridad orgánica. No obstante, lejos de explicar tal diferenciación en el interior de la familia, Durkheim establece que, por su constitución, la mujer está predispuesta para llevar a cabo una vida distinta a la del hombre, por lo cual las funciones diferenciadas de los diversos miembros de la familia y la desigualdad sexual se explican por la propia naturaleza y por una supuesta “descripción científica” de la desemejanza estructural entre hombres y mujeres.

En la medida en que la sociología de Durkheim y el modelo estructural funcionalista están basados en la presuposición de que los sexos son naturalmente diferentes, las ocupaciones familiares se visualizan con relación a “parámetros fun-

cionales” y la concepción sobre el lugar de la mujer en el futuro se percibe como una continuación del papel tradicional que ha tenido en la historia. Consecuentemente, de la teoría de Durkheim se desprende una exhortación a que las mujeres vinculen su destino al ámbito doméstico y sigan “especializándose” en sus funciones familiares que debieran fortalecer para no perderse en la búsqueda de una pretendida igualdad —mediante la cual pueden llegar a sabotear tanto a sus familias como a sí mismas.

Las reflexiones sobre el matrimonio también tienen un sitio importante en sus estudios sobre el suicidio y la anomia, donde ésta se asocia con factores sociales, económicos y de diferenciación por sexo. Para Durkheim, una de las principales funciones del matrimonio es la de regular el deseo sexual, por lo cual mientras el matrimonio hace posible el seguimiento de las normas, el divorcio crea anomia e invariablemente se vincula con una mayor tasa de suicidios.

La autora muestra cómo, al abordar este tema, Durkheim sí hace una diferenciación social entre hombres y mujeres ya que —contrario a lo que sucede con los primeros— para estas últimas el matrimonio indisoluble está ligado a tasas más altas de suicidio, mientras que el divorcio por mutuo consentimiento se vincula con una disminución de estas tasas. Sin embargo, a pesar del diagnóstico que el propio Durkheim realiza en este sentido, esta contradicción no llega a analizarse en su obra y “tomando la causa de los hombres” ignora sus propios resultados y generaliza en torno a la relación entre la disolución de los matrimonios y el aumento de la tasa de suicidios. De forma deliberada, Durkheim elimina así la diferenciación que él mismo vislumbra entre los efectos del matrimonio y del divorcio en hombres y mujeres y opta por el término “individuo”, que en realidad se utiliza exclusivamente para representar al sexo masculino. De este modo, aunque en su estudio se detectan los efectos adversos del matrimonio para las mujeres, éstas son excluidas finalmente del discurso.

Con estos argumentos, Lehmann muestra la contradicción existente entre las teorías sobre las mujeres en Durkheim y sus teorías sobre la socialización: en las primeras se excluye la socialización, y en las relativas a la socialización (ya sea normal o patológica) se ignora a las mujeres.

Durkheim concibe a las mujeres como seres comparables con los niños y los primitivos. Así, por ejemplo, en la medida en que el suicidio aumenta con el desarrollo de la civilización, la baja tasa de suicidios entre las mujeres se explica porque tienen un “grado de civilización” inferior al de los hombres.

El mundo de las mujeres es un mundo asocial dentro de la propia sociedad, es el ámbito donde prevalecen los factores biológicos y los instintos. De ahí que, dentro de la sociedad moderna existan varias sociedades: la sociedad primitiva de las mujeres, caracterizada por la solidaridad mecánica, y la sociedad moderna y diferenciada de los individuos especializados, que son hombres. Las esferas de unos y otras, de lo público y lo privado, se unen en la sociedad conyugal.

El pensamiento de Durkheim muestra una evidente paradoja: como autor liberal considerará que la movilidad social del individuo depende de la educación y de las habilidades individuales; pese a ello, las mujeres no tienen cabida en este esquema, donde desde un punto de vista eminentemente conservador parecen ser concebidas como casta.

Después de desarrollar estos interesantes puntos, la autora empieza a explicar sus tesis a partir de un organismo que atribuye reiteradamente al pensamiento de Durkheim. Estas generalizaciones arbitrarias la llevan a afirmar que se trataba de un sociólogo desde el punto de vista político, ideológico y científico, que articulaba teorías que ya habían sido desplazadas como el positivismo, el evolucionismo, y el estructural funcionalismo.

En la medida en que estas tesis son en gran parte equivocadas (como se sabe Durkheim argumentó contra el evolucionismo y el estructural funcionalismo ni siquiera había surgido como corriente sociológica cuando él escribió) los interesantes argumentos que encontramos en la primera parte del libro decaen hacia el final del mismo donde, empeñada en demostrar sus razonamientos, Lehman omite la riqueza de la dimensión simbólica de la obra del sociólogo francés.

A esta debilidad se añaden otra serie de aseveraciones que no se desarrollan con el cuidado académico requerido y que llevan a la autora a equiparar, de una forma por demás simplista, a las ciencias sociales con un determinismo frente a las que, supuestamente, se contraponen un voluntarismo socialista que se asume como dado en toda teoría feminista. Así, como suele ocurrir con una de las vetas del pensamiento feminista, los vínculos con el marxismo se dan por sentados sin siquiera problematizar sobre ellos.

A pesar de estas declaraciones, la autora adopta a ratos un tono más mesurado e incluso sugiere que la teoría feminista se beneficiaría apropiándose críticamente del pensamiento de Durkheim —siempre y cuando se desechen los supuestos del naturalismo y determinismo que, según ella, lo caracterizan.

En este sentido pueden recuperarse las tesis sobre los efectos diferenciados del matrimonio y el divorcio en hombres y mujeres que, a partir de los contrastes en las tasas de suicidio, muestran una forma de aproximación teórica y empírica a las condiciones divergentes y la incompatibilidad de los intereses que dividen a los sexos.

Lehman considera además que —a semejanza de lo que ocurre en la obra de Marx— en la de Durkheim se pueden identificar bases para el análisis del multiculturalismo, el estructuralismo y el postestructuralismo.

La autora también reconoce como aportaciones del sociólogo sus recomendaciones para la reforma social del capitalismo, su orientación colectivista extraeconómica, la importancia de la organización de las ocupaciones y del sistema educativo secular, en cuya defensa Durkheim llega a estar “adelantado a sus tiempos”.

De esta manera, se apunta que el feminismo podría rescatar la teoría de Durkheim para estudiar las relaciones entre estructuras sociales —como el capitalismo, el patriarcalismo, el racismo y el colonialismo— y los grupos sociales reales —como las clases, los sexos, las razas y las naciones.²

El libro *Durkheim and Women* es sin duda un “signo de los tiempos”. Durante décadas la teoría feminista y la teoría social parecían marchar por caminos separados y ajenos o que no tenían puntos de encuentro.

Por una parte, con excepción de algunos autores como Simmel, Elias y Bourdieu, durante mucho tiempo las mujeres no habíamos sido integradas al discurso sociológico. No es sino hasta muy recientemente que se puede detectar un giro en la teoría social, que finalmente ha empezado a incorporar (en la mayoría de los casos sin darle los debidos créditos) algunas tesis que el feminismo ya había planteado hacia varios años. Así, la concepción de que “lo personal es político”, ha llevado a Anthony Giddens a reflexionar sobre la dimensión política de la intimidad y a Ulrich Beck a analizar la vulnerabilidad del matrimonio y el cambiante papel de los roles asignados a los sexos en la “sociedad de riesgo”.

Por otra parte, con excepción de algunos puentes que se han establecido con ciertos enfoques teóricos como el marxismo o las concepciones de Foucault, el feminismo tampoco se había preocupado mucho por reflexionar crítica y sistemáticamente sobre sus vínculos con la teoría social. Sin embargo, durante los últimos años se realizaron estudios pioneros que muestran cómo, en términos generales, el pensamiento clásico y contemporáneo ha ignorado o errado en sus cavilaciones sobre las mujeres. El libro de Lehmann entra dentro de esta serie de textos que, de forma interesante, oportuna y positivamente provocadora, abren caminos para la reflexión y nos invitan a adentrarnos en una veta que aún está poco explorada.

En este sentido, recomiendo ampliamente esta obra, a pesar de que, si tuviera la oportunidad, también sugeriría a la autora una mayor cautela. Como ocurre con un sector del pensamiento académico feminista, los justificados compromisos con la práctica política llevan a realizar revisiones demasiado precipitadas y un tanto arbitrarias del legado de los pensadores que han sentado las bases de nuestras disciplinas. Por mi parte, considero que los compromisos con la transformación social y la necesaria lucha por la mayor visibilidad de las mujeres en todos los ámbitos no debieran ser irreconciliables con la rigurosidad académica que requiere el trabajo sociológico.

² La autora señala como un ejemplo de este tipo de trabajos el libro de Elizabeth Fox Genoves *Feminism without Illusions*, en el cual se utiliza el marco durkheimiano de las necesidades e intereses colectivos para criticar el orden social existente y el individualismo feminista.